

de la Marquesa, rechazó este pensamiento malicioso.

El Marqués le hizo quedarse á comer. Por la tarde, la Marquesa, á fin de probarle que realmente era de la familia, le rogó que tuviese una madeja de seda, que ella devanaba, para hacer los flecos de una pantalla de chimenea. Felipe estaba durante este tiempo sentado casi á sus pies, sobre un pequeño taburete, mientras ella le sonreía con su inocencia acostumbrada, lanzándole aquellas miradas duras y frías que formaban tan extraño contraste con su sonrisa.

La Marquesa, en seguida que terminó, se puso al piano, después de haber preguntado á Felipe si era aficionado á la música, rogándole, al decirla que sí, que volviera las hojas; luego, para distraerle y darle confian-

za, hojeó con él algunos álbums de fotografía.

Todas estas graciosas familiaridades eran evidentemente de parte de la Marquesa atenciones insignificantes, que creía deber al amigo de su marido, y que se las prodigaba con gusto siempre que Felipe iba á su casa; pero acompañadas de una especie de condescendencia forzada y de una indiferencia desdeñosa, que parecía contradecirlas; y en esta misma mezcla, sin que la Marquesa lo sospechase, había algo de picante y tentador, que confundía al pobre Felipe.

Hay ocasiones en que el honor está en huir, y nuestro joven tuvo ese difícil valor. Retardó sus visitas á la casa, y rehusó bajo diferentes pretextos dos ó tres invitaciones.

Esta conducta extrañó muchísimo al



Marqués, que hizo á Felipe afectuosos reproches, así como también á su mujer, acusándola de haber mortificado y alejado al joven con su frialdad y altivez.

La señora de Libernay recibía todos los martes, y Felipe, después de no haber asistido á su reunión en dos ó tres semanas, no tuvo más remedio que ir para no llamar la atención. La Marquesa se dignó invitarle ella misma para que bailara: después del vals le condujo á un saloncito separado, y, dejándose caer sobre un diván, le dijo con coquetería:

—Habéis hecho que me riñan.

—¿Cómo, señora?

—Vamos: sentaos aquí; no tengáis miedo.... Me han dicho que he sido muy adusta para vos.

—¡Por Dios, señora!....

—¿Os extraña? Y á mí también; pues yo me figuraba haber estado muy amable.

—Siempre, señora....

—Porque, en fin, ¿supongo que no esperaríais que yo iba á arrojarme á vuestro cuello?

—Señora, nunca he tenido más que motivos de agradecimiento por vuestra amabilidad....

—¡Vamos!.... ¡Callaos!.... Es verdad; es cierto que no he sido muy cariñosa con vos...., y lo he hecho á propósito.

—¡Señora!—murmuró Felipe, cada vez más confundido.

—Sí, porque no os creía tan formal y tan delicado como sois.... Oid; voy á ser franca con vos, señor de Boisvilliers...., demasiado tal vez.... Ya comprenderéis que no he llegado á mi edad



sin haber adquirido cierta experiencia.... ¡Bien triste en muchas ocasiones!.... Pues bien: cuando me habéis sido presentado...., después de todo lo que ha pasado entre vos y mi marido...., me he dicho.... «He aquí un joven que por la fuerza de las circunstancias está llamado á venir á mi casa con la más grande intimidad.... Va á hacerme la corte.... Pues bien: hay que evitar esto.... Ha salvado la vida de mi marido....; y esto, no sólo no sería delicado, sino indigno....» ¿No es cierto?

—Señora, os juro....

—«Pues bien, es preciso evitarle la menor tentación de caer en esa falta....; es preciso tener mucho cuidado....» Esto me dije yo, señor de Boisvilliers, porque os creí un joven de corazón ardiente, apasionado, y de costumbres ligeras, como lo son en general;

pero, por el contrario, he visto que sois un joven tranquilo, respetuoso, honrado.... ¡Oh! ¡esto es otra cosa!.... ¡Podéis ser mi amigo!

Entonces la Marquesa extendió lentamente su brazo en su magnífica desnudez, y tendió la mano á Felipe.

—Mi experiencia (prosiguió, con una sonrisa de virgen); mi desgraciada experiencia, señor de Boisvilliers, me ha enseñado á desconfiar mucho de la amistad de los hombres.... ¡Oh, Dios mío! Nada hay más triste que creerse segura bajo esa intimidad fraternal, y ver de pronto á vuestro pretendido amigo cambiar de papel y entrar en campaña.... ¡Esto quita todas las ilusiones de la vida!....: y es lástima, pues si fueran ciertas, nada sería más dulce que esas buenas amistades...., sobre todo, para las muje-



res, que, tanto por instinto como por deber, son incapaces de otro sentimiento.... En cuanto á mí, hace tiempo que había renunciado á ese dulce consuelo.... Pero ahora veo que se presenta una ocasión que parece propia para realizar esta quimera...., si es realizable.... Vuestra amistad con mi marido, y por consiguiente conmigo, es de una naturaleza tan particular...., y, además, vuestro carácter tan excepcionalmente caballeresco, que sois tal vez el único caso á quien podría someterse á una prueba.

Felipe no se había atrevido nunca á pedir lo que la Marquesa acababa de proponerle; pero era lo que más deseaba en el mundo.

Establecidas bajo aquel pie amigable, sus relaciones con la Marquesa acabaron de encantarle, y cesaron de

inquietarlo, pues pensaba que si por casualidad un día sus sentimientos llegaban á traspasar la medida prescrita, no podrían nunca ir muy lejos, estando sostenido y calmado por aquella amistad tan apacible, tan franca y tan leal.

Felipe dió las gracias á la Marquesa con emoción, y ambos se separaron grandes amigos. Desde aquel momento el joven creyó poder abandonarse con toda seguridad al encanto de sus relaciones con aquella encantadora mujer.

¡Pobre Felipe! ¡Estaba tan en seguridad para continuar sus propósitos, como segura hubiera estado su vida en el fondo de algún desierto con las garras de un león sobre el pecho!

La verdadera y pura parisién, en su completo desarrollo, es un ser extraor-



dinario. En el extraño torbellino de París, la niña es ya una joven, la joven es una mujer, y la mujer es un monstruo. ¡Un monstruo encantador y terrible! Con frecuencia es un cuerpo casto, pero siempre encierra un alma maliciosa y refinada. En medio del tumultuoso movimiento de París, en los salones, en los teatros, en las exposiciones de toda índole, todos los siglos, todas las civilizaciones pasan bajo sus ojos, iluminando su inteligencia: conoce las costumbres, las pasiones, las virtudes y los vicios, revelados y poetizados por el arte bajo todas sus formas...., y todo esto fermenta á la vez en su cerebro excitado: ella lo ha visto, lo ha adivinado, lo ha codiciado todo, y está al mismo tiempo hastiada y deseosa de sensaciones. Se conduce unas veces bien y otras mal, sin preferir lo

uno á lo otro, porque sueña con algo mejor que el bien, y peor que el mal....; así es, que esta mujer excepcional no está muchas veces separada del vicio más que por un capricho, y del crimen por una ocasión.

Tal era la marquesa de Talyas. Su marido, que era un hombre de honor, había pretendido hacer de ella una especie de matrona romana, y se alababa de haberlo conseguido. Tenía sobre este punto ideas originales, que le gustaba comunicar á sus amigos.

—Nosotros mismos depravamos á nuestras mujeres excitando demasiado vivamente sus pasiones, y no respetándolas bastante.... Ved los romanos...., y no puede decirse que fueran ángeles....: eran como nosotros; pero cuando tenían caprichos, amores poéticos y dramáticos, no mezclaban en ellos á



sus mujeres : tenían para esto hermosas esclavas griegas, á las que de antemano se las había educado para esto; en cuanto á sus esposas, las trataban como á santas, y resultaba que lo eran efectivamente.

En conformidad con estas teorías, el Marqués había observado siempre en su intimidad con su mujer la gravedad de una etiqueta española, guardando sus principales transportes para las esclavas griegas; pero la Marquesa dudaba que fueran buenas aquellas teorías, y aun se cree que no la agradaban absolutamente nada.

¿Había tenido amantes la Marquesa? Lo ignoramos; pero es posible que el mismo refinamiento de su imaginación y el desprecio que sentía por lo que no fuera extraordinario, la hubiesen preservado de todos esos amores

vulgares. Es cierto que se hablaba de dos desgraciados jóvenes á quienes había amado durante veinticuatro horas y á los que había hecho destinar después á consulados lejanos, no pudiéndolos arrojar al Sena; pero esto era un rumor que podía ser atribuído á la murmuración, pues la Marquesa tenía por enemigos á todos los hombres que había desdeñado y á sus envidiosas amigas.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que desde que la casualidad introdujo cerca de ella al joven que los relatos del Marqués le habían presentado hacía mucho tiempo bajo un aspecto tan seductor, tuvo la perversa tentación de hacer perder la cabeza á aquel caballeresco personaje. Esto le pareció al principio muy original y distraído; pero, al encontrar después una reserva



y resistencia que no esperaba, se apasionó locamente, sin dejar por eso de proceder con un frío método, como un buen táctico que sabe unir la ciencia á la inspiración.

En virtud del pacto de amistad que habían firmado, la Marquesa se propuso desde aquel momento dar prueba á Felipe de una absoluta confianza, que consistía en hacerse contar todos sus secretos, y en no decirle ninguno de los suyos.

Así es que pronto conoció toda la vida pasada del joven, sus amores con Mary Gérald, el enfriamiento de las relaciones con su familia, y...., lo que queríamos callar para gloria de nuestro héroe, hasta la historia de su prima Juana. ¡Era, en verdad, una falta grave divertir á aquella hermosa y burlona parisién á expensas de la po-

bre niña, de su aire provinciano y de su desgraciada pasión por su ingrato primo!.... No, esto no estaba bien; ¡pero la Marquesa se ponía tan seductora al escucharle con aquel aire cándido y curioso! Tenía una manera tan adorable de arrancarle sus más íntimas confesiones, diciéndole con sus ojos fijos en él:

—¿Y qué más, y qué más?

¿Qué llegaría á ser con todas estas inocentes confianzas de la buena y leal amistad? Se adivinará fácilmente. Felipe estaba locamente enamorado de su amiga, y sus sentimientos de honor se alarmaban más que nunca. Entonces el joven tuvo una extraña idea, que no dejó de alarmar á la Marquesa, en medio del placer que la causaba al mismo tiempo una situación tan violenta; pensó hacer la corte á la se-



ñora de Libernay, mujer hermosa y apasionada, y que no parecía mal dispuesta hacia él.

Á Dios gracias, no había salvado la vida al señor de Libernay, y por este lado no tenía ningún escrúpulo extraordinario. Es cierto que no amaba á la señora de Libernay; pero, sin embargo, tenía para él ese atractivo singular que nos inspiran los íntimos de las que amamos.... ¡ Vivía cerca de la rosa, y tenía su perfume!.... Había en ella el acento, los giros de la conversación de la Marquesa.... Además, era hermosa, y Felipe se persuadió de que con un poco de constancia aquel entretenimiento sería posible y conveniente.

Empezó, pues, teniendo ya aquel proyecto, á mostrarse muy obsequioso con la señora de Libernay, lo cual no

pareció disgustar ni á ella ni á su marido; pero, en cambio, ¡cosa extraña y que asombró mucho á Felipe!, el Marqués pareció tener un gran disgusto al notar aquellos galanteos. Es verdad que la señora de Libernay era su prima; pero Felipe creía que llevaba demasiado lejos su vigilancia de pariente, y no encontraba justo el enfriamiento notable de las relaciones del Marqués hacia él. Esto le entristeció; pero, firme en su resolución, no abandonó por ello sus proyectos, hasta que un día la Marquesa le dijo:

—Amigo mío, estáis cometiendo una tontería.

—¿ Por qué?

—Hicisteis una buena acción, y estáis á punto de echarla á perder, y de que no os la agradezcan.

—En verdad que no os comprendo.



—Oid; habéis salvado la vida á un hombre, y no creo que penséis luego en arrebatárle su mujer, ¿no es cierto? Pues bien....; lo que meditáis desde hace algún tiempo es lo mismo...., porque le sería igualmente desagradable.

Esta revelación imprevista, sobre todo siendo hecha por la Marquesa, hizo á Felipe olvidar al momento sus amores artificiales, y que se entregara por completo á su verdadera pasión con alguna experiencia más y algunos escrúpulos menos; porque desde aquel instante la Marquesa, no sólo era la mujer más encantadora, sino que era, además, una desgraciada, á quien sería dulce y casi legítimo consolar.

El Marqués no tardó en notar que el joven había abandonado sus proyectos amorosos respecto á la señora de Li-

bernay. Se lo agradeció, y le colmó nuevamente de amistosas atenciones. Le presentó en los círculos que frecuentaba, y le invitó á pasar quince días en familia en una propiedad llamada La Ruelle, que poseía cerca de Rambouillet, próximamente á una hora de París. La Marquesa tenía mucha aversión al campo; pero por complacer á su marido hacia cada año, durante la temporada de caza, una excursión al castillo de La Ruelle, en donde, según decía, se moría de aburrimiento durante un mes ó seis semanas; pero este año no tenía proyectos de aburrirse.

Los marqueses de Talyas se fueron á La Ruelle á principios de Noviembre, adonde al cabo de algunos días varios amigos, y entre ellos Felipe, se les reunieron. En la intimidad continua de la vida de campo, la Marquesa pudo



continuar con más actividad la cruel idea que había imaginado contra el honor y el corazón del joven Boisvilliers. El Marqués y la mayor parte de sus convidados pasaban casi todo el día cazando; pero Felipe, cuya reciente herida le obligaba á aguardar aún algunas precauciones, no podía tomar más que una parte moderada en aquellas fatigosas excursiones. Permanecía bastante tiempo entre las señoras, indignándose de ver entre ellas á la de Libernay, cuya presencia en el castillo le parecía un odioso ultraje á la Marquesa, que por su parte soportaba aquella injuria con dulce y encantadora resignación; encendiendo continuamente, bajo la disculpa de su pérfida amistad, el fuego en que había envuelto á Felipe, y en que ella misma se había envuelto. Muchas veces, du-

rante sus paseos solitarios por las avenidas del parque, en sus largas conversaciones, ó cuando éstas se interrumpían, al anochecer, en el ángulo de una lujosa habitación, Felipe estuvo muchas veces á punto de arrojar-se á sus pies. No era el honor lo que le detenía; las pasiones, cuando se tiene la desgracia de dejarlas seguir sus impulsos, acaban por esclavizarnos, y pervierten el sentido moral de tal suerte, que poco faltaba á Felipe para creer que era el llamado á vengar á la Marquesa de la traición de su marido. Lo que le detenía era el respeto á la que amaba; era el temor de ofenderla; era la fe inmensa que tenía en su candor, en su inalterable pureza.

El 29 de Noviembre era el cumpleaños de la Marquesa. El Marqués, que, aparte de sus galantes aventuras, era



lo que se dice todo un buen marido, tenía costumbre de celebrar con una pequeña fiesta este día. Invitaba á algunos vecinos, hacía bailar á las gentes del pueblo, y disponía que hubiera fuegos artificiales. Aquella noche, como de costumbre, los fuegos artificiales se habían colocado en un prado del parque, enfrente de las ventanas del salón principal. Todos los invitados del castillo, habiéndose levantado de la mesa y puesto sus paletots y sus pieles, se habían repartido entre el parque y el prado. Los hombres fumaban y las mujeres examinaban curiosamente las diferentes figuras de los fuegos. Cuando los primeros cohetes se elevaron silbando en el negro espacio, la Marquesa, sintiendo frío, entró en el salón, que estaba situado en el piso bajo, diciendo que vería los

fuegos por las ventanas. Y como pasara al mismo tiempo cerca de Felipe:

—Y vos también haríais muy bien en entrar, por causa de vuestra herida,—le dijo en voz baja.

Felipe la siguió al salón, y se puso á su lado en el hueco de una de las ventanas; pero el resplandor de las lámparas que alumbraban el interior del salón impedían ver los fuegos. La Marquesa rogó á Felipe que llevara las lámparas á la pieza inmediata. Obedeció, volviendo luego á colocarse á su lado.

Los fuegos artificiales continuaban, con pequeñas intermitencias, iluminando por intervalos con una luz fantástica el salón, que volvía luego á quedar en tinieblas. Había enfrente de la ventana, en el fondo, un gran espejo, en el que los fuegos se reflejaban



perfectamente. La Marquesa estaba al principio inmóvil y silenciosa; llevaba un magnífico traje de baile, con las espaldas desnudas, y tenía los brazos cruzados sobre el seno. Cada vez que se iluminaba el salón, su delicada figura aparecía destacándose en la obscuridad como la de una diosa. Á los pocos instantes, Felipe apenas la distinguía; la oía solamente respirar, como si tuviera el corazón oprimido. Cuando se voló el ramo, dejando caer á su alrededor una lluvia compuesta de diamantes, de rubíes y de esmeraldas, le pareció un instante bañada de una aureola extraña y como si estuviera rodeada de estrellas: después todo se extinguió.

Transcurrió un minuto, sin que ninguno rompiera el silencio; después Felipe sintió que la Marquesa se volvía hacia él.

—No veo,—le dijo en voz baja.

Felipe alargó una mano para guiarla; la Marquesa la tomó, y atrayéndole dulcemente, le cogió también la otra mano.

—¿No creéis que esta es la verdadera amistad?... Decid,—murmuró con voz apasionada, mientras que su aliento inundaba la cara del joven.

Esta fué la última vez que se pronunció entre ellos esta palabra.